

LACLAU Y LA ESTRUCTURACIÓN DE LO SOCIAL.

Martina Lassalle (UBA) lassallemartina@gmail.com

Sergio Tonkonoff (UBA/Conicet) tonkonoff@gmail.com

En la presente ponencia intentaremos poner de manifiesto el modo a través del cual la perspectiva teórica inaugurada por Laclau y Mouffe (2006), en “*Hegemonía y Estrategia Socialista*”, supera la llamada *clausura estructuralista* en dirección hacia una nueva descripción de lo social y hacia una reconceptualización propiamente postestructuralista de la noción de sociedad. Luego de la intervención de ambos autores, el concepto de sociedad se muestra como un concepto que puede seguir siendo central en las ciencias sociales contemporáneas siempre que sea visto como aquel que designa un sistema de relaciones sociales con al menos dos características principales: a) carece de un fundamento último (es decir, que ni la razón, ni la biología, ni la economía determinan tal sistema en primera o en última instancia), y b) no puede definirse como un espacio completamente suturado (se trata siempre de un sistema abierto). Con el objeto de avanzar en la comprensión de este concepto, presentaremos el modelo de sociedad de Louis Althusser (1979) tal como se esboza en “*Ideología y Aparatos ideológicos de Estado*”, tratándolo como una descripción estructuralista clásica, y utilizándola como medida de los desplazamientos teóricos producidos por Laclau y Mouffe.

En “*Hegemonía y Estrategia Socialista*” puede verse un intento de distanciamiento y crítica a la concepción de sociedad sobre la que se funda la sociología clásica. Este alejamiento coloca de entrada a la intervención teórica de Laclau y Mouffe ante una problemática fundamental: aquella que refiere a la institución de lo social organizado, tanto como a su reproducción y sus transformaciones. Estos autores adoptan una perspectiva post-fundacionalista para dar cuenta de su constitución y sus dinámicas. Perspectiva según la cual, nociones tan centrales en la teoría social como la noción de sistema o de totalidad, adquieren características sensiblemente distintas a aquellas propuestas por las distintas tradiciones centrales en las ciencias sociales – desde Marx y Durkheim hasta el estructuralismo. Según Laclau y Mouffe, la sociedad ya no será un conjunto cabalmente estructurado de representaciones colectivas externas a los individuos, ni una totalidad fundada en última instancia en procesos socio-económicos a la manera del marxismo tradicional, pero tampoco será un conjunto de estructuras que producen y reproducen cuerpos sujetos a roles, a la

manera estructuralista. Todo conjunto social será concebido, en cambio, como una construcción discursiva. Se tratará del producto de prácticas articuladoras en un campo de discursividad multiforme y heterogéneo sobre el cual se producen las estructuras sociales -con sus respectivas posiciones de sujeto- tanto como su desestructuración y la formación de estructuras nuevas.

“*Ideología y Aparatos ideológicos de Estado*” puede verse, desde esta perspectiva, como uno de los textos de transición en el que Althusser inaugura el espacio teórico en el que Laclau y Mouffe producirán su intervención. Espacio producido en la intersección del marxismo (estructuralista) y el psicoanálisis (lacaniano). Recordemos que allí Althusser desarrolla una discusión con el marxismo clásico que propone entender la sociedad como un modo de producción. Mediante la utilización de la metáfora del edificio, el marxismo tradicional describe a la sociedad como estando conformada por una base – compuesta por fuerzas productivas (medios de producción y fuerza de trabajo) y relaciones de producción (sobre todo relaciones de propiedad de los medios de producción) – y por una superestructura jurídica, política e ideológica. Más allá de que, tal como señala Engels, no se trate sino de una determinación *en última instancia* de la base – de modo que existiría una autonomía relativa de los fenómenos superestructurales respecto de la estructura –, la relación entre la estructura y la superestructura no deja de ser una relación de determinación en la que los fenómenos económicos son aquellos que constituyen la causa que determina, con o sin mediaciones, el resto de los fenómenos sociales – políticos, culturales, religiosos, etc. Aquí, el espacio de la superestructura es el espacio reservado para la ideología entendida como ilusión, como ficción superficial, secundaria en todo respecto y ocultadora de la verdadera realidad social existente al nivel de la base. De este modo, la concepción marxista clásica sostiene que es en la base donde se produce y se reproduce la sociedad como tal. Frente a este planteo (positivista y funcionalista), Althusser estructura “*Ideología y Aparatos ideológicos de Estado*” a partir de la pregunta por la reproducción de las relaciones de producción. Plantea que para explicarlas es preciso salir del nivel la estructura económica. Tanto los propietarios como los no propietarios de los medios de producción deben adquirir determinadas habilidades y conocimientos técnicos para que esa estructura pueda reproducirse, pero además tienen que incorporar el conocimiento de determinadas normas de conducta, valores morales, etc. Aquí nos encontramos en el plano de la ideología, ubicada en el nivel de la superestructura. El primer ámbito donde este planteo tiene importantes consecuencias es la teoría marxista del Estado. En oposición a las posiciones “fiscalistas” que entienden al Estado exclusivamente como el brazo armado de las clases económicamente dominantes, Althusser propondrá

entenderlo –retomando a Gramsci – como lugar de la fuerza física (ejército y policía), pero también como espacio de producción de sentido. De este modo, el Estado quedará conformado por aparatos represivos, funcionando primordialmente a partir de la coerción aunque también del discurso, y por una multiplicidad de aparatos ideológicos que funcionan a través de la ideología. En un segundo movimiento, Althusser desarrolla la teoría que propone acerca de la ideología. En primer lugar, se trata de una teoría de la ideología en general, y no de las ideologías particulares. En este sentido, propone caracterizar a la ideología como una estructura eterna, y, por tanto, carente de historia. Si el marxismo tradicional decía que las ideologías no tienen historia, en tanto siempre dependen de una instancia que está fuera de ellas (de modo que cuando esa instancia se modifica la ideología cambia también), Althusser modificará el sentido de esta afirmación. Mientras que las ideologías particulares poseen una historia propia, la ideología, en tanto estructura, carece de historia puesto que se presenta bajo una misma forma inmutable a lo largo de toda la historia. Al modo en que el inconsciente es una estructura antropológica fundamental y del mismo modo que no hay humano sin inconsciente, tampoco habría sociedad sin ideología. Así, Althusser se aleja de la concepción de ideología como una ilusión, como un mero reflejo, aunque invertido, de las condiciones reales de existencia de los sujetos, de la historia real. Por el contrario, el autor define la ideología como una relación imaginaria de los individuos y las relaciones reales en las que viven, dejando ver, al modo de Lacan (1999), que esa relación ficcional, en última instancia deformada, falsa, es constitutiva de los sujetos y las sociedades. No habría sujetos ni sociedad sin este núcleo imaginario. La identificación imaginaria supone pues una identificación donde el otro aparece como una identidad ideal, completa, autónoma, cerrada, libre, a partir de la cual comienza a articularse el yo en el sujeto de estas identificaciones. El siguiente paso decisivo a través del cual Althusser se aleja de la concepción sobre la ideología presente en el marxismo tradicional tiene que ver con la postulación de que la ideología goza de existencia material, y no meramente ideal. De modo que lo que antes se presentaba como del orden de la ilusión, de la fantasía, pasa al orden de la materialidad. Los individuos, lejos de traducir sus ideas en actos, *viven* en la ideología a través de prácticas ritualizadas en los diversos aparatos ideológicos de Estado. Ello es así porque – ésta es la tesis central- la ideología interpela a los individuos constituyéndolos en sujetos en el marco de esas operaciones rituales de reconocimiento. La interpelación es pues el mecanismo específico por el cual la ideología convoca y constituye al “individuo” como sujeto al orden social, sujetándolo a su funcionamiento mediante esta operación de reconocimiento/desconocimiento del llamado del Otro. Entonces, el cuerpo de cada quien ingresa a la sociedad a través de aparatos ideológicos

del Estado que lo van subjetivando, sujetando a sus reglas de funcionamiento, y lo producen como un sujeto descentrado en diversas posiciones de sujeto – que, sin embargo, se percibe imaginariamente como unificado y autónomo. He allí la forma “eterna” de la ideología althusseriana; lo que habrá que analizar en cada momento histórico son los cambiantes contenidos de las ideologías particulares en que se produce la operación de interpelación en la que el sujeto se reconoce y desconoce en esa operación que lo sujeta y lo constituye.

De este modo, Althusser provoca una importante cesura en el modelo topográfico de sociedad, tal como se presentaba en el marxismo tradicional. Y esto porque ahora la reproducción de las relaciones de producción estaría garantizada ya no en el nivel de la estructura económica, sino precisamente por elementos del nivel superestructural, específicamente por la ideología y sus aparatos. Con este movimiento el “edificio” propuesto como imagen por el marxismo tradicional para describir a la sociedad en tanto modo de producción comienza a ser puesto *patas para arriba*: aquello que era mera superestructura se transforma en parte de la infraestructura de la sociedad. Sin embargo, perdura en Althusser la concepción de la sociedad como un modo de producción. Es decir que, a pesar de todo, las fuerzas productivas (económicas) y las relaciones de producción siguen constituyendo la base de la sociedad – su determinación/totalización, en última instancia. El texto en cuestión es pues un texto de transición ya que se encuentra tensionado por la elaboración de un concepto de ideología como estructura cuya existencia es “material”, que da consistencia y dirección al conjunto social, y la aceptación del modelo topográfico de sociedad propio del planteamiento marxista tradicional – es decir, de la sociedad como modo de producción en el que el único conflicto relevante es el conflicto de clases.

Laclau y Mouffe señalan que esta última es una posición que termina por limitar notablemente el alcance de la teoría de la ideología de Althusser, evitando su desarrollo ligado a otra noción que ese mismo autor había conseguido forjar en la intersección del marxismo y el psicoanálisis (esta vez freudiano): la noción de sobredeterminación (Althusser, 2003). Laclau y Mouffe señalan que el concepto de sobredeterminación tiende a perder su centralidad en el discurso althusseriano producto de que se lo ha hecho compatible con la determinación en última instancia por la economía. Tal como señalan estos autores, si bien Althusser afirma que lo social está siempre sobredeterminado, afirma igualmente la determinación última por parte de la economía, reduciendo el alcance de la revolución conceptual que la noción de sobredeterminación comporta, impidiendo que el concepto de sociedad se abra a la producción discursiva y a la contingencia histórica. Además, según los autores, esta operación implica definir las condiciones de existencia de la economía al margen

de toda relación social concreta (Laclau y Mouffe, 2006: 135). Althusser termina aceptando el modelo topográfico analizado anteriormente.

Examinemos ahora el modo en que la propuesta teórica de Laclau y de Mouffe, desarrollando la brecha abierta por Althusser en un marco decididamente postestructuralista, da lugar a una nueva descripción de la sociedad y sus dinámicas. Esto se logra a partir del postulado de la inexistencia de un fundamento último de la sociedad – sea económico o de cualquier otro tipo – y tiene como consecuencia principal la imposibilidad de su producción como un sistema cerrado.

Puesto que bajo la perspectiva de Laclau y de Mouffe toda realidad (realidad económica incluida) es una producción discursiva, sostienen que sólo a través de una práctica articuladora es posible la institución y la reproducción de un sistema social – pero que por lo mismo ese sistema ya no puede ser concebido como clausurado a la manera estructuralista. La articulación es definida por los autores como una práctica que permite el establecimiento de relaciones entre elementos semióticos que en un primer momento lógico deben pensarse como en estado de flotación semántica, y sin ningún componente preestablecido que pueda dirigir su estructuración en un determinado sentido. Es decir que la práctica articuladora que hace sociedad no enlaza esos elementos siguiendo un principio subyacente ni ninguna lógica inmanente a los elementos mismos; por el contrario, la articulación societal es absolutamente contingente como producto de una lucha hegemónica. Es decir, la lucha por la institución de puntos nodales capaces de producir detenciones (cortes metafóricos) en lo que de otro modo sería un desplazamiento metonímico sin fin del campo de la significación. Este “acolchado” del campo social producido por la institución de significantes amos es lo que permite la existencia de los conjuntos sociales como sistemas de posiciones diferenciales – operación que nunca se produce de manera definitiva y nunca se produce sin un resto.

Esto es así porque, según los autores, lo que subvierte todo discurso (todo sistema significativo) es el exceso de sentido inherente a toda situación discursiva: el *campo de la discursividad*. Este exceso de sentido, que viene a ser limitado parcialmente por el discurso, imposibilita su fijación última. Sin embargo, lo cierto es que para que el campo de la discursividad, del exceso de sentido, pueda subvertir un sentido, una identidad, debe existir, al menos, una fijación parcial. Son precisamente aquellos significantes privilegiados que los autores denominan puntos nodales los que permiten el establecimiento de estas fijaciones parciales. De esta manera, ya es posible completar la definición que dan Laclau y Mouffe de la práctica articuladora: “(...) consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de

lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por el campo de la discursividad” (Laclau y Mouffe, 2006: 154). Precisamente, este punto es central para esclarecer el modo a través del cual Laclau rompe con la llamada clausura estructuralista. El exceso de sentido, la proliferación de significados que caracteriza el campo de la discursividad pone de manifiesto que no existen significantes que estén asociados a un significado particular.

Se ve aquí el modo en que Laclau y Mouffe interpretan el legado de Lacan. A diferencia de Althusser, ellos no respetan la primera división del trabajo teórico entre marxismo y psicoanálisis; división según la cual el psicoanálisis proveería una teoría del sujeto al edificio social marxista que no la tendría. Laclau y Mouffe no sólo recogen la teoría del sujeto presente en este psicoanálisis lacaniano, sino que generalizan su teoría del sentido transformándola en una teoría de la objetividad social en la que la sociedad toma la forma de un objeto tan necesario como imposible. La del sentido de Lacan (dependiente de su “Lingüística”), donde del signo saussureano – de la unidad significado-significante separada por la barra de la significación- se remarca el barrado, se lo propone como resistente a la significación con lo cual la unidad del signo se rompe a favor, por así decirlo, del significante que queda en estado de flotación, y donde el lugar del significado es ahora el de lo real como in-simbolizable. Así, el significado queda perdido, y donde había una prevalencia estructuralista del signo, existe ahora una prevalencia (postestructuralista) del significante. Y dado que la pérdida del significado equivale a la pérdida de todo fundamento, la producción del sentido sólo puede tener lugar por el juego de los significantes mismos. Tal es el rol del *point de capiton* – aquel que Laclau y Mouffe llamarán punto nodal. Se trata de un significante amo que, por la vía del investimento afectivo, puntúa míticamente la cadena de significantes, produciendo su cierre (o mejor, su fijación parcial) y provocando retroactivamente el sentido (es decir, el sistema de posiciones diferenciales que permite la comunicación y las subjetivaciones).

Ahora bien, una vez analizado el modo por el cual es posible generar un sistema, una estructura, un sentido – aunque parcial – dentro de un campo dominado por el sinsentido, por la dispersión de significantes flotantes, es preciso analizar qué es lo que subvierte las identidades, la totalidad discursiva, que no permite que la fijación sea plena. Sucede que la institución de puntos nodales para la fijación parcial de un sentido implica la producción de un exterior antagónico que es inherente al sistema así articulado. Este exterior antagónico se presenta como el límite de la objetividad social, como aquello que “la sociedad” radicalmente no es, subvirtiéndola estructuralmente e impidiendo la constitución plena de las identidades y

del sistema mismo. Resulta importante señalar que, a diferencia de otras lecturas lacanianas, como la de Žižek (2012), para Laclau y Mouffe, ese exterior constitutivo, equivalente al menos en parte al real laciano, es siempre post-lingüístico. Dicho de otro modo: es el remanente de la operación de producción de la sociedad, y tiene por lo tanto siempre un carácter histórico determinado. O todavía en otros términos: cada acolchado hegemónico produce su real.

Según Laclau y Mouffe entonces, una sociedad (o cualquier otro sistema social) es una formación discursiva de carácter incompleto y abierto que se presenta como el resultado de prácticas articularias hegemónicas. Práctica que tiene lugar en un “(...) *campo surcado por antagonismo y supone, por tanto, fenómenos de equivalencia y efectos de frontera.*” (Laclau y Mouffe, 2006: 179) De este modo, los autores sostienen que la presencia de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de fronteras que las separan son condiciones de existencia de este tipo de sistemas. Sistemas que nunca pueden abarcar la totalidad de lo social ni tampoco fijar las identidades que ellos mismos producen de una vez y para siempre. Puesto que lo social carece de un principio subyacente, es preciso que la sociedad se establezca a partir de límites antagónicos dentro de ese campo dominado por la infinitud, por el exceso de sentido; lo que hará que necesariamente se encuentre penetrada por la negatividad que ha producido y que no le permitirá constituirse plenamente.

Como puede verse, este modo de concebir un sistema social es muy diferente al presentado por la sociología clásica en general (para la cual la sociedad era una entidad positiva), y por el estructuralismo en particular (para el cual era un sistema de sistemas). En la estructura estructuralista, todos los elementos del campo social ocupan una posición diferencial; todos ellos están reducidos a momentos dentro de la totalidad societal. Aquí, las relaciones tienen un carácter necesario debido a su determinación (infra)estructural y toda la realidad social se encuentra, en última instancia, simbolizada. Como vimos, esta determinación, aunque en última instancia, termina por limitar el campo de la sobredeterminación, y por lo tanto de la no necesidad o contingencia en la estructuración de las relaciones sociales. En este tipo de totalidad social – al igual que en la noción clásica de sociedad –, la articulación de elementos en momentos siempre se realiza completamente, aún cuando se reconozcan conflictos y contradicciones. El concepto de sociedad de Laclau y Mouffe, en cambio, basado en la lógica laciana del no-todo, comporta la imagen de una totalidad imposible producida discursivamente. Es decir, que puede hablarse de sociedad, de totalidad social o de sistema, pero éste será siempre incompleto, siempre barrado por un exterior, discursivo también, que impide que se suture, que se constituya plenamente.

Bibliografía

- Althusser, L. (1979): “Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado”, en *Posiciones*, Anagrama, Barcelona.

- Althusser, L. (2003): “Contradicción y sobredeterminación” en *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI Editores, México.

- Lacan, J. (1999): *Escritos 1*, Siglo XXI, México.

- Laclau, E. - Mouffe, Ch. (2006): “Más allá de la positividad de lo social: antagonismo y hegemonía” en *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

- Zizek S. (2012): *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI editores, Buenos Aires.